

Podéis, pues, saber ahí sus condiciones y cualidades.

.....

Dejaremos á Richard que hable; añadiendo tan sólo á su narración, muy extractada, detalles interesantes tomados de esos papeles que hemos tenido á nuestra disposición.

II

El hotel de la marquesa de Tourves, en el que Carmen Lelievre debía dedicarse á sus nuevas hazañas, está situado hacia la mitad de uno de los magníficos *boulevares* que se hicieron en la época del Imperio. Abre sus puertas de entrada directamente sobre la vía pública, sin tener delante patio ni jardín que le separe

de ella, y linda por la derecha con un hotel particular, y por la izquierda con una casa de cuatro pisos, que se escapó á las demoliciones allí hechas y que parece estar asustada de verse en aquel barrio elegante, después de haber vivido tanto tiempo en una de las antiguas calles borradas del plano de París por el barón Haussmann.

Las habitaciones principales, destinadas á las recepciones, que ocupan todo el entresuelo, son vastos y de una ornamentación severa y fría. Los muebles datan de la época de la Restauración, y cansan la vista por la regularidad de sus líneas. Las butacas y los sofás no tienen ni la gracia, que tanto se apreciaba en tiempo de Luis XVI, ni el *confort* de nuestros asientos modernos. Los numerosos cuadros que penden de sus muros pertenecen á la escuela española, que no blasona de

ser alegre y se complace en usar tintas sombrías. Muchos de ellos, una *Mater Dolorosa*, *La Adoración de los Pastores*, *Martirio de San Javier*, magníficas copias de Ribera, estarían seguramente mejor colocadas en los salones de un obispo que en los de una mujer á la moda.

Los señores de Tourves tienen sus habitaciones en el primer piso, distintas y separadas por el vestíbulo y la caja de escalera.

Las de la marquesa se componen de tres piezas: un recibimiento pequeño, donde esperan los almacenistas y proveedores de la casa, una alcoba muy grande, alta de techo, amueblada con una cama estilo Luis XIV, colocada sobre un estrado, grandes butacas de respaldar recto, un reclinatorio, regalo, según dicen, de la señora de Maintenon á la abuela del actual marqués de Tourves y un arcón gran-

de, de la Edad Media, de ébano, con incrustaciones de marfil.

No hay nada que llame la atención en esta pieza, por decirlo así, austera, nada que indique en ella la presencia de una mujer. No se ve ninguno de esos objetos encantadores que dan tanta animación y vida á las moradas parisienses. Las *chaises-longues*, divanes, *poufs*, butacas almohadilladas, almohadones para apoyar la cabeza y cintura, sillas bajas de chimenea, taburetes donde se apoya un pie breve y delicado, en fin, todas las invenciones de la tapicería moderna han sido cuidadosamente desterradas de este santuario. Los que le ven experimentan un ligero estremecimiento cuando en él penetran, y buscan al momento la ventana para que les reanime algún rayo de sol.

Un cuarto tocador sigue después de la alcoba y fija por aquella parte el límite

del hotel. Una de sus paredes es la medianería de la casa inmediata, que hemos dicho consta de cuatro pisos. Estos detalles de arquitectura son indispensables para lo que vamos á referir, y por eso rogamos á los lectores que no los olviden.

Se ha dado á este cuarto, por medio de una armazón de carpintería, una forma circular que podía permitir espacios vacíos en los rincones, de utilidad incontestable para una mujer. Pero la marquesa no puede apreciar sus ventajas; se contenta con un solo armario abierto en el maderamen de la pared, que le separa de su alcoba, es decir, en la opuesta á la medianería del hotel con la casa contigua. Este armario, así como los muros y el techo, se halla cubierto con cortinajes.

Un diván ancho y muy bajo corre por las paredes del tocador. Es lo más elegante que se ve entre los muebles del hotel;

pero esa elegancia y ese lujo desagradan sin duda á la marquesa de Tourves, porque el raso negro con botones de color paja, de que está cubierto, desaparece bajo una funda blanca.

Los demás adornos de esta pieza, que debe haber sido amueblada sin consultar el gusto de la marquesa, sufren la misma suerte que el diván: una gasa cubre un precioso espejo de cristal de Venecia; y los candelabros, estilo Luis XVI, que se ven sobre la chimenea, están resguardados del polvo por unas fundas de muselina. Cuatro cuadros, cuyo asunto, sin ser muy ligero, no es muy ortodoxo, están también púdicamente velados como todos los demás objetos. La alfombra tan solo es la que se ha librado de la humillación de estar tapada. Es de una blandura y de un espesor verdaderamente orientales. La dueña de la casa, de carácter triste y re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

cogido siempre, la agrada sin duda el silencio y no quiere ni aun oír sus propios pasos. Tiene aversión también á los ruidos que puedan venir de la calle, porque las hojas de las ventanas, forradas de cuero, las cierran herméticamente por la noche. De este retiro no puede salir ruido alguno y los del exterior mueren antes de llegar á él.

III

Las amigas de la señora de Tourves, por la época en que Carmen Lelievre entró en su casa, decían que tendría treinta años, que aceptaba sin titubear, tanto porque no los representaba, como porque no se la acusase nunca de ser coqueta.

Era lo que se dice una mujer hermosa, lo cual no es lo mismo que una mujer preciosa. Su estatura elevada, su porte, el aire de su cabeza, que daban cierta majestad á su persona, la habían hecho merecer la primera denominación. Pero, á pesar de su nariz muy acentuada, merecía también la segunda, gracias á sus cabellos rubios, sus ojos azules de un brillo y de una limpieza notables y á su fresca boca. El exterior de la marquesa no tenía derecho á vanagloriarse de su superioridad corporal; de tal modo se hacía justicia á sus cualidades morales.

Habíase casado, muy joven, con el marqués de Tourves, cumplido caballero, de fisonomía agradable, rico, de veinticinco años escasos de edad, agregado diplomático en el Ministerio de Estado, y destinado á tener, según se creía, un brillante porvenir político. Por espacio de muchos

años, el nuevo matrimonio fué la admiración y la envidia de todo París. Nada había tan simpático como aquellos dos jóvenes, guapos, elegantes, aficionados á los placeres lícitos, enamorados uno de otro y haciéndolo ver á todo el mundo. Llegó un día en que la belleza de la marquesa estaba en su apogeo, por haber llegado á esa época de la vida en que la mirada de la mujer se dulcifica, los labios están más húmedos la sonrisa se acentúa, el pecho se desarrolla, el talle se redondea, la cara ha dado cuanto prometía, en que la Naturaleza da su última mano, y hace de un simple boceto un cuadro: se vió, de repente, por espíritu de oposición, sin duda, que el marqués perdía el color, se volvía amarillento, se encorbaba y caía en una postración absoluta.

Los médicos, con quienes se consultó al momento, declararon que padecía una

enfermedad de la médula espinal, ya muy avanzada, y le dieron orden de que renunciase á las comidas, á los bailes, á las cenas, al trabajo, y que hiciese una vida de anacoreta. Con abnegación sublime, su esposa le ayudó á seguir las prescripciones facultativas. No aceptó las invitaciones que la hacían, devolvió sus palcos y declaró que renunciaba á frecuentar la sociedad, puesto que el marqués no podía acompañarla.

No se abrieron ya sus puertas más que para ciertos amigos íntimos, de reputación intachable y de edad madura. Si recibía en su casa mujeres jóvenes y hermosas, habían de ser de irreprochable conducta, que estuviesen al abrigo de la maledicencia. Formó, pues, una reunión silenciosa, recogida, apropósito para acompañar á un convaleciente, fastidiosa tal vez, pero donde hasta los más aficionados al mundo les

gustaba pasar media hora ó una antes de marcharse al baile, para decir que venían de casa de la señora de Tourves, lo cual hacía tener buena fama.

Estas transformaciones morales no la bastaron; dejó su gran vivienda de la *Chaussée d'Antin*, cuyo lujo y elegancia no convenían ya á su género de vida, se hizo construir el hotel de que hemos hablado, en un barrio entonces bastante tranquilo por ser moderno, lo amuebló lo más severamente posible y se encerró en él en compañía de su marido.

Estas precauciones, unidas á un régimen severo, no hicieron mejorar al marqués. Su enfermedad era más grave de lo que en un principio se creyó; y se le veía empeorar de día en día. Si salía por casualidad era para dar un corto paseo, en coche, por el Bosque. No vivía ya, pero podía vegetar mucho tiempo en tan triste

estado, teniendo cautiva á su lado á su cariñosa enfermera, su querida Antígona, calificativo puesto por sus amigos á la marquesa.

Y mientras sus fuerzas se iban consumiendo, la posición moral de su esposa engrandecía. Como no se prodigaba, ni su lujo ni su elegancia causaban perjuicio á nadie, se tenía verdadero placer en admirarla. No había elogio que no se usase en pro de la que había sabido con tanto valor renunciar á los placeres de que en su posición y su edad podía disfrutar, y enterrar en vida una juventud y una belleza en todo su esplendor.

Los maridos, cansados de tener que ir por las noches á los bailes, deseosos de descansar y sintiendo tal vez la enfermedad del marqués, ponían á su esposa por modelo á sus mujeres. Estas, para poner á cubierto el disfrute de esos placeres, para

retrasar cuanto pudiesen tenerse que retirar á la vida privada, se permitían, á veces, pérfidas insinuaciones: la reserva del modelo podía no ser más que aparente, decían. Largo ayuno podía verse cortado por algún hartazgo oculto; debía desconfiarse de aquella existencia de anacoreta que podría encubrir algún misterio. Pero apenas si se formulaban esos rumores en voz baja; en el mundo no tenían eco.

La señora de Tourves era inexpugnable: bastaba verla, oírla y estudiarla. Si salía por la mañana, iba en su carruaje con su cochero y su lacayo (espías naturales de quien no se fía nunca la mujer pecadora) á casa de los proveedores de la suya, ó á la de alguna señora presidenta de cualquier establecimiento benéfico. A las tres de la tarde ocupaba su sitio en carretela descubierta, en todo tiempo, al lado de su marido, ó de una señorita de

compañía, que no se separaba nunca de ella. Las puertas del hotel no se abrían más que de noche á las personas que iban á verles y la actitud de la señora de Tourves, su frialdad, acaso exagerada, no permitían ninguna suposición ofensiva. Los más maldicientes se veían obligados á inclinarse ante aquella virtud resplandeciente, comprobada, y por decirlo así, clasificada.

Por eso la marquesa era un árbitro en los asuntos litigiosos y en las causas delicadas. Como antiguamente se tomaba el parecer del marqués Du Halley en materia de duelos, se consultaba á la señora de Tourves si ocurría un conflicto entre esposos, cuando una reputación femenina, sin tacha hasta entonces, había sido ofendida y se trataba de castigar ó de perdonar.

Generalmente se inclinaba al perdón

y lo ordenaba en estos términos á la que la consultaba:

«Sed indulgente con esa pecadora—decía,—continúad viéndola y admitiéndola en vuestras reuniones, para llevarla al bien y librarla de una caída total. En cuanto á mí, las revelaciones que me habéis hecho me hacen que rompa toda relación con ella y cerrarla mi puerta. Ya comprendéis la posición excepcional en que estoy; me veo condenada á tener una gran reserva. Ya lo comprenderéis y no me echaréis en cara que debía predicar con el ejemplo.»

Se separaban de ella encantados de su dulzura, de su benevolencia, la facilidad de su palabra, la gravedad de su postura, la castidad de su mirada, la elevación de su espíritu, y, por parecerse á ella, se daban prisa, á pesar de sus consejos, á inmolar á la oveja extraviada, que había en-

viado al sacrificio, haciendo como que la protegía.

Junto á esta mujer encantadora, pero algo soberbia, al lado de esta viuda por adelantado, fué donde Carmen Lelievre se vió colocada en calidad de señorita de compañía.

¿A qué influencias acudiría Lucrecia Vitel para conseguir su objeto? Carmen no hacía con referencia á ese punto alusión ninguna en sus Memorias. Séanos permitido suponer que uno de los amigos íntimos de la señora de Tourves debía grandes favores á Lucrecia Vitel, la obedecía ciegamente y había accedido á complacerla recomendando á su protegida y respondiendo de ella.

Por lo demás, el pasado de Carmen no debía dañarles en nada. Su falta no era conocida más que de dos personas; una, Didier de Prades, no hablaría de ella; la

otra, Lucrecia Vitel, tenía interés en callarla. Las excéntricas maneras de Carmen era lo único que pudiera asustar á la gazmoñería de la marquesa; pero Carmen era demasiado inteligente para no saberse atemperar á las exigencias de su nueva posición.

IV

La señorita Lelievre obtuvo desde su presentación las simpatías de la marquesa.

«Así debía ser—decía amargamente en sus Memorias.—Todo cuanto los hombres me aborrecen, soy agradable á las mujeres: las feas creen serlo menos cuando me miran, y las bonitas se figuran más hermosas. Soy la sombra hábilmente dispuesta en un cuadro para hacer resaltar más los efectos luminosos.»

—Señorita—dijo la de Tourves á Carmen, el día de su presentación,—he estado á punto de no admitiros á mi lado, cuando he sabido que veníais del hotel de las Rocas Negras en Trouville. Ese establecimiento no estaba tan cuidado por vuestro padre como estaba antes. Mi marido, á quien los médicos mandan todos los años á los baños de mar, y del que no me separo nunca, encontró antes más recogimiento y silencio en él. Yo misma estaba expuesta á encontrarme en la escalera con mujeres como la señora Vitel. Pero vuestros protectores me han hecho la observación de que no érais responsable de los errores de vuestra familia y que vuestra conducta era de la más irreprochables y de la más juiciosas. Podéis, pues, consideraros desde hoy como formando parte de mi casa, si os convienen las condiciones pecuniarias.